



Ensayo

El lugar de la teoría de Foucault sobre el sujeto y de la reflexión sobre la contemporaneidad en la comprensión de la enfermedad mental y del ejercicio clínico psicológico: una revisión conceptual

Ricardo Andrade Rodríguez¹

● Resumen

Este texto tiene como objetivo presentar el rastreo de antecedentes teóricos de la investigación doctoral El sujeto contemporáneo y el problema del trastorno mental: Foucault, las formas de subjetivación y el pathos del alma en nuestros días. La metodología está basada en un rastreo documental, en bases documentales y trabajos de tesis doctorales, principalmente españoles. Se encontró que los trabajos en torno a la relación de Foucault, la Contemporaneidad y la psicología giran en torno a núcleos temáticos como el poder, el sujeto y la resistencia. Se encontró también, sin embargo, que la relación de Foucault con la clínica psicológica se ha mantenido girando sobre posturas antipsiquiátricas y que es posible que la noción de formas de subjetivación y cuidado de sí puedan enriquecer la perspectiva de la psicología en la Contemporaneidad.

Palabras clave: Formas de subjetivación, Modernidad, Contemporaneidad, Posmodernidad, ética.

¹ Psicólogo, director del programa de psicología de la Universidad de San Buenaventura, seccional Medellín. Magister en lingüística de la Universidad de Antioquia, y candidato a doctor en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Contacto: ricarandra1@gmail.com



Foucault's theory and contemporaneity reflection's roles in the comprehension of mental illnesses and the clinic psychology exercise: a conceptual revision

● Abstract

This text introduces the tracing of the theoretical records made for the PhD thesis "The Contemporary Subject and The Mental Disturbance Problem: Foucault, the Subjectivation Ways and the Soul's Pathos in Current Days". The methodology is based on a tracing of documents in bases and works from PhD thesis works, mainly from Spain. This tracing demonstrated that the works about the relationship between Foucault, contemporaneity and psychology are all related to subjects such as power, the subject and the resistance. It was also found, however, that the relationship between Foucault and the psychological clinic has been kept framed within anti psychiatric positions and it is possible that the notions of Subjectivation forms and Self-care can enrich the view of psychology in the contemporaneity.

Key words: Ways of subjectivation, modernity, contemporaneity, post-modernity, ethics.

O lugar da teoria de foucault sobre o sujeito e da reflexão sobre a contemporaneidade na compreensão da doença mental e do exercício clínico psicológico: uma revisão conceitual

● Resumo

Este texto tem como objetivo apresentar o rastreamento de antecedentes teóricos da investigação doutoral O Sujeito Contemporâneo E O Problema Do Transtorno Mental: Foucault, As Formas De Subjetivação E O Pathos Da Alma Em Nossos Dias. Sua metodologia está baseada num rastreamento documentário em bases documentários e trabalhos de teses doutorais, principalmente espanhóis. Encontrou-se que os trabalhos em torno da relação de Foucault, a contemporaneidade e a psicologia giram em torno de núcleos temáticos como O poder, O sujeito e a resistência. Encontrou-se também, no entanto, que a relação de Foucault com a clínica psicológica se manteve girando sobre posturas anti-psiquiátricas e que é possível que a noção de Formas de subjetivação e Cuidado de si podem enriquecer a perspectiva da Psicologia na contemporaneidade.

Palavras importantes: Formas de Subjetivação, Modernidade, Contemporaneidade, Pós-modernidade, Ética.

● Introducción

Sobre la enfermedad mental, el sujeto y la Modernidad

La psicopatología, es decir, “el estudio científico de los trastornos psicológicos” (Borlow & Durand 2001, P. 5), es una disciplina en la que confluyen psicólogos, psiquiatras, trabajadores sociales y enfermeras especializadas en el campo de la clínica psicológica. Su objetivo es la investigación sobre las causas y el tratamiento de las enfermedades, diagnosticarlas, evaluarlas y tratarlas. Para Borlow & Durand (2001) la característica más importante de la psicopatología actual es que es de carácter científico; la adopción del método de la ciencia tiene como objetivo cualificar el conocimiento de la naturaleza de los trastornos psicológicos, de sus causas, así como mejorar sus tratamientos.

En la actualidad, el modelo de explicación de tales desviaciones es multidimensional, es decir, se tienen en cuenta dimensiones biológicas, psicológicas, emocionales, sociales y del desarrollo. Para el aspecto biológico, son fundamentales los factores genéticos y neurológicos. En lo psicológico se tienen en cuenta las determinantes de la conducta y de la cognición (indefensión aprendida, aprendizaje social, procesos inconscientes –entendidos de modo diverso al propuesto por Freud–). El aspecto emocional, por su parte, hace referencia al componente afectivo de la conducta: ira, miedo, angustia, entre otros. Finalmente, las influencias sociales se relacionan con las determinantes que las relaciones con los otros y con la cultura del entorno tienen en la conducta y, por supuesto, en los estados mentales (Durand & Barlow, P. 32).

Trull & Phares (2003) señalan que algunas de las razones por las que es difícil definir el comportamiento anormal es que no existe una característica individual compartida por todos los tipos de comportamiento anormal; no hay suficiencia en criterio de anormalidad alguno y no hay límite discreto entre el comportamiento

anormal y el normal. Sin embargo, según ellos, existen tres definiciones más o menos aceptadas para el comportamiento anormal: “1) inconformidad con las normas, 2) la experiencia de una aflicción subjetiva y 3) incapacidad o disfunción (Trull & Phares 2003, P. 116).

Frente a la conformidad con las normas, se trata, como podría suponerse, de que una persona que se suponga normal se comportará conforme a las normas sociales prevalentes. Por el contrario, si su comportamiento se puede calificar de desviado, extravagante o inconforme, es anormal. Esta definición, en términos de rareza estadística o violación de normas, permite establecer puntos de corte de tipo cuantitativo; si el punto de corte en una escala es 90 y el puntaje de alguien es 80, su comportamiento se etiquetará como anormal. Este es el principio general de las pruebas psicológicas.

Ahora bien, cuando se trata de aflicción subjetiva, se pasa al punto de vista de las percepciones que tiene el individuo supuestamente afectado con el problema. Se trata de tener en cuenta los sentimientos subjetivos y la sensación de malestar del individuo cuya normalidad se cuestiona. “Las consideraciones cruciales son si una persona se siente triste, tranquila o despreocupada, y satisfecha y vacía. Si la persona está agobiada por la ansiedad, entonces está desadaptada, sin importar la ansiedad parece producir comportamientos manifiestos con cierto tipo de desviación” (Trull & Phares 2003, p. 121). Esta definición supone que el individuo puede percatarse de su estado subjetivo y responder por su aflicción. Además, ubica en el centro de uno de los tres ejes mencionados la ansiedad y la desadaptación: un nivel de ansiedad desmesurado, un sufrimiento subjetivamente claro bastan para que alguien pueda calificarse de enfermo mentalmente.

La tercera definición, la de discapacidad o disfunción, implica que una persona mentalmente trastornada o anormal es la que tiene en algún grado problemas en su interacción social u



ocupacional. Por ejemplo, carecer de amigos, puede ser un indicativo de tales dificultades, igual que la pérdida del trabajo por problemas de carácter emocional.

Esta mirada implica una estructura en la que se puede percibir un patrón, una suerte de regularidad en el cumplimiento de estos tres criterios citados: anormalidad, sufrimiento y disfunción. El término disfunción puede aplicarse a la biología de esa persona, a su psique o a su conducta. Resta, pues, interrogar qué es una discapacidad conductual y psicológica. Una respuesta probablemente plausible aparece frente a la primera: una conducta que demuestra ser un fenómeno anormal, que, además, puede amenazar la integridad física de la persona misma o de los otros, que la sustrae del vínculo social que se estima adecuado. Sin embargo, es posible que respecto de la tercera no sea tan sencillo un análisis. Frente al aspecto conductual, claro está, se entrevé que los cánones de definición de las conductas indeseadas ya dan cuenta de una injerencia social que permite prescribir una conducta necesaria; no obstante, ¿qué representa una disfunción psicológica, cuando se abandona, al menos conceptualmente, el aspecto biológico como explicación privilegiada?, esto es, cuando se dejan de lado aquellos trastornos cuya etiología predominantemente biológica es innegable: un déficit cognitivo causado por un accidente cerebro-vascular, por ejemplo. Se trata, por tanto, de ciertos patrones de la mente del individuo que generan sufrimiento y discapacidad y que son anormales, aun si el aspecto neurofisiológico parece marchar bien.

Siguiendo a Sanín (1977), se supone que la cultura y las relaciones pueden generar salud o enfermedad mental, según la influencia en el individuo. Tanto el comportamiento como el mundo de los vínculos humanos están entrecruzados en ella; ello querría decir que, necesariamente, los cambios en el entramado vincular y las interacciones socioculturales podrían generar ciertos trastornos de la mente: los trastornos mentales serían

emergencias dentro de un momento histórico determinado.

Y se configurarían como una desviación de las normas que define el modo en el que las personas deben pensar, aprender, sentir, percibir al mundo y a sí mismos, relacionarse con los otros y con su intimidad, adquirir hábitos y valores y, en consecuencia, comportarse. Es evidente que puede interrogarse por esas líneas tenues que separan la normalidad de la anormalidad y lo deseable de lo reprochable. Una inquietud es generada en el lugar de procedencia de los valores con los que se mide el universo mental del hombre.

Ahora bien, estas definiciones hacen una referencia a la subjetividad poco clara: aflicción subjetiva; podría interpretarse como una percepción inusual de sí mismo, según la cual el juicio de la situación propia no es el que se esperaría, una infelicidad de la que solo el sujeto parece saber algo. Se trata de los goznes en los que gira el sufrimiento del sujeto. Necesariamente, en consecuencia, esta situación se vincula con el saber de sí y con los modos de discurso sobre sí con los cuales el sujeto se reconoce. Por ello, la pregunta por el sufrimiento subjetivo debe dirigir su mirada hacia la historia, cuyos juegos sutiles determinan el modo en el que uno llega a constituirse en un sujeto y, claro está, en un sujeto sufriente.

Este es un tópico fundamental del problema que aquí se señala: los seres humanos no se afligen ni sufren subjetivamente de un modo independiente de la época en la que están inscritos y en la que devienen sujetos. Puede señalarse que el momento histórico en que surgen la reflexión y el concepto mismo de enfermedad mental es determinante de tales concepciones.

Rejón, Martínez & Vírseda (2004, p. 249) muestran, en efecto, que la Modernidad y su configuración ideológica y axiológica soportan el concepto de enfermedad mental:

A efectos que aquí conciernen, la Modernidad (dentro de la cual la psiquiatría adoptó su forma reconocible) desplazó hasta las operaciones del sujeto las claves de la coherencia legaliforme de la empiria (...) Así, pues, psiquiatría y psicopatología protegen como fundamento propio ciertas asunciones sobre lo singular, lo compatible o la naturaleza del conocimiento que van a quedar expuestas en los análisis de los síntomas o síndromes (...) Por otra parte, las experiencias subjetivas encuentran lugar en el espacio lógico gracias a la presencia y el fracaso de la subjetividad moderna, de la que son producto.

En ese sentido, las características propias de la Modernidad mostrarían un sujeto que se constituye desde la individualidad y la autonomía, desde la ciudadanía y la ley. Pero, y este es un punto crucial del desarrollo, hay que resaltar que se trata, al mismo tiempo, de la configuración de cierto tipo de relación consigo mismo, con el mundo, cierto modo de concebir la existencia, ciertos modos de sufrimiento, ciertos modos de Pathos.

En efecto, las valoraciones modernas son el telón de fondo sobre el cual se dibuja la concepción de enfermedad de la mente, de desviación de la experiencia subjetiva y del vínculo con los otros; los resortes del sufrimiento del hombre en ese desencuentro profundo con su propio yo: "Durante el siglo XI "persona" y "autoconsciencia" se correspondían casi unívocamente, comunicaban a través de la autoconsciencia pensada como reflexiva y egológica y se asentaba en un elemento clave del armazón conceptual del siglo: un yo al tiempo fundante y fundado, cognoscente y por conocer" (Rejón, Martínez & Vírveda 2004, p. 249). Es el yo cartesiano el que se encuentra en la base normativa con base en la cual se miden los trastornos mentales de la Modernidad. Y este concepto es el que está en el fundamento de todas las construcciones teóricas que sobre el trastornado mental se han hecho en las llamadas ciencias "psi": psicología, psiquiatría y, por supuesto, la psicopatología.

Un individuo que se hace sujeto de sí mismo a través de la razón, la autorregulación y la autodisciplina. Un sujeto para quien las contradicciones propias de la sinrazón quedarán desterradas tras las fronteras delimitadas de la poética (sujeto que vive superiormente y adquiere la condición de adivino, mago y vidente, capaz de recibir las experiencias de la revelación), tal como lo plantea Nomez (1997). Por supuesto, este sujeto en particular forma parte de una civilización cuyos fundamentos se terminaron de solidificar en el siglo XVIII y cuya idea de salud mental dependerá definitivamente de la axiología ilustrada.

En efecto, de lo que se trata en la enfermedad mental, tal cual se entiende en los manuales diagnósticos y clínicos que llenan las estanterías de los psicólogos y psiquiatras, es de la pérdida de los estandartes del sujeto moderno, del deterioro de la regulación y de la disciplina de sí mismo, en última instancia, del autogobierno. En el centro mismo de la moralidad moderna se encuentra el autogobierno.

Una relación de oposición directa se establece, entonces, entre el enfermo mental y la moralidad moderna. El enfermo mental ha extraviado en mayor o menor medida los valores más caros de la sociedad de la razón y de la autonomía. El concepto de enfermedad es, siguiendo el análisis foucaultiano, un hijo del mundo maquinal y matemático trazado por el esfuerzo cientificista de los modernos y el empuje racionalista de los ilustrados.

Algunos cambios de época

Sin embargo, numerosos autores señalan que la Contemporaneidad, también denominada Posmodernidad, se caracteriza por la modificación de esos valores que configurarían las modalidades de la subjetivación de la Modernidad. Algunos autores, como Vattimo (1987, 2003), Lyotard (1987, 1988), (Delleuze, s. d.), Lipovetsky (1986,



1994, 2006) y Harvey (2012) sostienen que en algún aspecto esencial la Modernidad ha concluido. Para el último, hay un cambio fundamental en el modo de concepción de la historia en nuestra época respecto de la Modernidad: desaparece la posibilidad de hablar de la historia como entidad unitaria. Pero, yendo un poco más allá, puede decirse que en nuestros días hay un “borronamiento” relativo de los límites entre racional e irracional, otrora tan marcados:

En el período de Modernidad tardía en el que vivimos, el sistema cultural de nuestras sociedades, situadas bajo la influencia del específico modelo de racionalización socio-cultural occidental, presenta una constelación de significaciones morales, técnicas, políticas, religiosas y artísticas, que está influenciada por el proceso histórico-social denominado por Weber “desencantamiento del mundo” (entzauberung der welt), y por Friedrich Nietzsche “el crepúsculo de los dioses” (Götterdämmerung). Este acontecimiento representa un logro cognoscitivo de carácter procedimental-arquetípico a través del cual los límites o fronteras de lo que puede ser llamado “racional”/ “irracional” son definidos de una manera nueva (Beriaín, 2003, p. 131).

El problema que se introduce aquí tiene, entonces, una doble cara: aquella que apunta a la subjetividad del que se denomina enfermo mental y la cara de la época en la que se inscribe esa denominación. De un lado, tenemos un interrogante por las consecuencias que los cambios de los días contemporáneos han introducido en las formas de subjetivación, es decir, una pregunta por el sujeto contemporáneo; de otro, la necesidad de replantear la concepción moderna de trastorno mental a la luz de un sujeto cuya relación con los estándares modernos se ha modificado. El problema es, por tanto, comprender los resortes, las fuerzas, los juegos por medio de los cuales la Contemporaneidad genera un cierto tipo de subjetividad. Con base en ello, se debe interrogar la validez de los criterios con los que se delimita

la frontera entre lo normal y lo patológico, es decir, con las que los hombres de esta época son catalogados como sanos o trastornados mentalmente.

La obra de Foucault constituye una aproximación particular a algunas experiencias que de ordinario se pueden revisar históricamente: la prisión, la locura, la construcción de las ciencias. Pero, su aproximación es particular y pretende un objetivo que dista de la determinación de una verdad sobre los acontecimientos o sobre un fenómeno determinado. De entre sus preocupaciones hay una que resalta: la preocupación por la subjetividad, por los modos en los que se deviene sujeto. La propuesta es que la aproximación que hace este autor a la subjetividad podría permitir un replanteamiento del problema de la enfermedad mental en clave contemporánea, es decir, en clave posmoderna.

El sentido de esta revisión documental es, por tanto, recolectar información sobre los estudios que han abordado el tema, particularmente en perspectiva foucaultiana. Es posible que se tomen en cuenta algunos estudios que no referencien directamente esta obra, pero que por su pertinencia merecen tenerse en cuenta como estado del arte para el tema que ya se ha explicitado. Estas investigaciones se han distribuido en tres núcleos temáticos: el primero, que hace referencia a la relación subjetividad y Modernidad; el segundo, en torno a la subjetividad y la Posmodernidad y, finalmente, en relación con las ciencias “psi” y algunos trabajos que han tomado a Foucault como fundamento.

● Resultados

Subjetividad y Modernidad

Para Iván Darío Arango, la Modernidad ha sido modelada por dos ideas que de ordinario son confundidas: las ideas que definen al hombre como

sujeto y las que lo enmarcan como individuo (Arango 2002). Heidegger (citado por Arango 2002 156) muestra que el sujeto, que puede equipararse en Descartes con el ego cogito, es el resultado de radicalizar el proyecto de matematización de la naturaleza, tal y como lo propone el método natural que sigue la línea marcada por Galileo y Newton. Según él, toda la metafísica moderna es una metafísica de la subjetividad, ya que el sujeto cartesiano va a ser llevado al extremo en la voluntad de poder en Nietzsche. La técnica es la explicación más racional de tal afirmación, pues puede considerarse como la esencia de la época moderna y la expresión más propia de la ciencia que ha ubicado al hombre como dueño y señor de la naturaleza en pleno.

De hecho, eso que denomina Heidegger Metafísica de la subjetividad permite comprender las bases filosóficas del proyecto de la Modernidad, de dominación y control de la naturaleza, de la resolución del enigma del universo, tal como lo plantea Koyré (citado por Arango 2002 157). Respecto del individualismo, si bien es un concepto que Heidegger no descuida, supone que puede ser deducido de la idea básica de sujeto:

Lo decisivo no es que el hombre se haya liberado de las anteriores ataduras para encontrarse a sí mismo: lo importante es que la esencia del hombre se transforma desde el momento en que el hombre se transforma en sujeto (Heidegger citado por Arango 2002 157).

Si bien Arango problematiza esa derivación propuesta por Heidegger, ya que a sus ojos no es previsible la posibilidad de derivar al individuo del sujeto, sí es posible relacionar directamente sujeto e individuo con Modernidad:

Lo que sí está por encima de la historia del ser que pretende tener validez del destino, es que en la modernidad, tanto la independencia del individuo como la autonomía del sujeto, se han convertido en los valores más elevados de la

cultura de Occidente. Aunque entre esos valores se ha presentado siempre una tensión o un conflicto, es preciso aclarar que una contradicción entre el individuo y el ciudadano no es esencial o de principio, como sostuvo el marxismo, sino, de hecho, es algo histórico. No puede olvidarse que la independencia individual es una condición necesaria, aunque no suficiente, de la autonomía o la capacidad para autodeterminarse. En el individualismo, como presupuesto metodológico, se originan tanto la filosofía de Locke sobre el liberalismo como la filosofía de Rousseau sobre la democracia (Arango 2002, p. 160).

En ese sustrato se encuentra soportado todo el proyecto moderno: en la relación entre libertad individual y sujeción a la ley, entre independencia y autonomía, pues para la cultura democrática moderna, la ley no es una imposición exterior, y la autoridad y la moralidad no son presiones exógenas a la conciencia o a la razón; ambas encuentran su origen en la participación del ciudadano y, al mismo tiempo, en la autonomía del sujeto.

Esa sujeción a la ley, esa autonomía, esa indivisibilidad y participación como ciudadano están soportadas necesariamente en la razón que trasciende en Kant, cuando se cuestiona por sus propios límites. Y la razonabilidad es, del mismo modo, el mejor de los caracteres para el yo cartesiano, valga decir, para el soporte esencial del sujeto moderno. Cuando se cuestiona por la naturaleza del yo, Descartes está convencido de que la inteligencia es una prioridad con respecto a la imaginación, los sentimientos y la voluntad: la inteligencia es la naturaleza del yo:

En efecto: sabiendo yo ahora que los cuerpos no son propiamente concebidos sino por el solo entendimiento, y no por la imaginación ni por los sentidos, y que no los conocemos por verlos o tocarlos, sino sólo porque los concebimos en el pensamiento, sé entonces con plena claridad que nada me es más fácil de conocer que mi espíritu (Descartes 1977, p. 10).



Tenemos un yo que es autónomo, que es soporte de la individualidad, al menos en la concepción de Heidegger, y que, además, es absolutamente racional, pues tiene en el entendimiento el núcleo mismo de su esencia. A esta característica propia se supeditan los afectos, los sentimientos y la imaginación. Es un yo que soporta racionalmente su sujeción a la ley moral y su participación democrática como ciudadano.

Evidentemente, hay un correlato entre esas características subjetivas y los soportes ideales modernos: la democracia de Rousseau, la autonomía kantiana, la división de poderes para conservar la libertad de Montesquieu, etc.

Descartes fundó un nuevo paradigma en la filosofía: la filosofía de la conciencia, la filosofía del sujeto o, como lo llama Habermas, el paradigma mentalista (Freundlieb 2010, Lumsdem 2002). La subjetividad constituye un soporte para sistemas filosóficos como el idealismo kantiano y el postkantiano; luego Fichte y Schelling pensaron que cualquier filosofía que se soportara enteramente en el sujeto estaba limitada.

Esta relación entre la Modernidad como sistema filosófico, como momento histórico y como cierta forma de conducirse en el mundo, cierta ética, ha sido abordada desde diferentes puntos de vista. Como factor común podría decirse que hay un encuentro general en el modo en el que los resortes ideológicos del proyecto ilustrado han devenido en unas formas particulares de constitución subjetiva.

Con base en la teoría psicoanalítica, León (2010) propone que hay una relación entre la Modernidad y la tesis de Freud en Totem y tabú. Según esta perspectiva, el remplazo de la ley de Dios por las leyes naturales, así como el decaimiento de las monarquías, generan nuevas lógicas comunitarias que se imponen como principio organizador de la vida humana: el sometimiento del individuo al interés colectivo.

Para este autor, la Modernidad implica una suerte de reedición de esta perspectiva freudiana, en la cual, ante la eliminación de Dios y del monarca, los hombres han tenido que encontrar nuevas formas de vínculo que aseguren la permanencia del colectivo. La ciudad, su arquitectura y su estructura normativa, así como la configuración del sujeto moderno, suponen dos de esos arreglos, que finalmente conforman las bases del Estado.

Desde una perspectiva similar, Ribeiro (2008) propone entender por subjetivación lo siguiente:

[...] una experiencia vital por la cual los seres humanos, además de vivir la simple vida natural común a todos los seres vivos (Zoe), son capaces de dar sentido al diario experimentar de la vida de ir inscribiendo psíquicamente tal experiencia, para asumir un lugar en el mundo desde el cual alcanzar un cierto modo de ser, lo que la lleva a vivirla de una manera propia: como bios a diferencia de Zoe diría el filósofo italiano Giorgio Agamben (1995), refiriéndose a términos utilizados por los antiguos griegos para hablar de la vida. (p. 4).

Esta propuesta, la del psicoanálisis, muestra que a la subjetividad se arriba cuando hay una posibilidad de desear algo en la vida.

Retamal (2008) llama la atención justamente sobre el hecho de que todas las reflexiones en torno al sí mismo ilustrado giran alrededor de la subjetivación y sus contradicciones. A su juicio, esa preocupación tiene como antecedente el llamado kantiano a ser modernos. Desde esta perspectiva, la Ilustración, más que una época, es una actitud, un sentido de pertenencia que tiene como anverso la soledad, como una condición de la formación de sí mismo. Esto implica una ruptura con lo tradicional, un sentimiento permanente de novedad, un vértigo frente a lo novedoso, una voluntad de impregnar el presente de heroísmo, como modo de construir el sí mismo.

Leal (2011) señala, con base en el trabajo de Latour (1991/1994), que la subjetividad puede tomarse desde una perspectiva negativa o positiva. De forma negativa, a partir de la perspectiva epistemológica y psicológica, en la división moderna entre objetividad y subjetividad, división que actúa como "bomba de absorción atrayendo los entes para cada uno de estos polos de purificación" (p. 197). En la referencia positiva, Latour hace referencia al cuerpo, entendido de manera diferente a una sustancia, más como una interface que se describe mejor cuando se entiende afectado por diversos elementos. Latour supone que la subjetividad se forma por un material constituyente que circula en una serie de materialidades y de prácticas (psicomorfos); las habilidades psicológicas (cognitivas o afectivas) no son entidades de la naturaleza sino que se incorporan, del mismo modo que un software es "bajado" en un computador.

A juicio del autor, es posible explicar con esta fórmula cómo algunos cuadros psicopatológicos actuales constituyen la articulación de pliegues generadores de conflictos. Por ejemplo, trae a colación el caso del trastorno de déficit de atención con hiperactividad (TDAH). Señala que más que una causalidad de tipo neurológico, se trata de un conflicto de agencialidades o de dispositivos de atención; la concentración estimulada por la escuela contra la dispersión propiciada por los videojuegos y el "zapping" televisivo.

El trabajo de Leal permite apuntalar el papel de la psicología como una tecnología o un dispositivo capaz de generar ciertas subjetividades. Pero, además, muestra que un referente importante para la reflexión en torno a la subjetividad es Foucault. Supone que la subjetividad se deriva de una agencialidad compuesta como bricolaje, pliegue o amalgama de términos en contraste, esto es, un conjunto de prácticas históricas diversas: la confesión cristiana, las técnicas de examen, prácticas de la vida privada, técnicas de introspección de la filosofía moderna.

El interés de Foucault por la subjetividad es remarcado en el prólogo de *Tecnologías del yo* por Morey, al referirse a las tres fases por las que de ordinario se supone que pasó su obra.

Convencionalmente, suelen distinguirse, en la obra de Foucault, tres etapas intelectuales. La primera, centrada alrededor de la pregunta por el saber se reconoce bajo el nombre de arqueología y cubre de 1961 a 1969, es decir *Histoire de la folie* a *L'archéologie du savoir*. La segunda, caracterizada como genealogía, comienza a elaborar su pregunta por el poder en textos como *L'ordre du discours* o *Nietzsche, la généalogie, l'histoire* (ambos de 1971) y encuentra su momento mayor con la publicación de *Surveiller et punir* (1975) y el volumen primero de su historia de la sexualidad: *La volonté de savoir* (1976). Y finalmente, el desplazamiento que conduce a la tercera se anuncia ya tras cuestiones como la de la "gubernabilidad", a partir de 1978, y halla su manifestación cumplida principalmente en los volúmenes segundo y tercero de la historia de la sexualidad: *L'usage des plaisirs* y *Le souci de soi* (ambos de 1984, publicados un mes escaso de su muerte). Suele decirse que la última etapa se articula alrededor de la subjetividad o, si se prefiere de las técnicas y tecnologías de subjetividad. (Morey 2010, p. 13).

El problema de la subjetivación muestra un análisis retrospectivo que el mismo Foucault ejecuta y que redimensiona el proceso de la obra:

Quisiera decir en primer lugar cuál ha sido la finalidad de mi trabajo estos últimos veinte años. No ha sido analizar los fenómenos del poder, ni sentar las bases para tal análisis. Busco más bien producir una historia de los diferentes modos de subjetivación de los seres humanos en nuestra cultura; he tratado, desde esta óptica, de los tres modos en de objetivación que transforman a los seres humanos en sujetos. (Foucault 1981 Citado por Morey 2010, p. 20).



Castro (2004), de cierta forma, coincide con esta afirmación. En su tesis doctoral sostiene que hay dos críticas fundamentales que en torno al concepto de sujeto Foucault elabora en el transcurso de su obra. Primero, una crítica a la noción tradicional de sujeto; el segundo, a la subjetividad como tal, producida por diversos dispositivos. Estas dos líneas de investigación, a juicio de este autor, se cruzan y recorren transversalmente en los textos foucaultianos, tornando complejas las deparaciones de la obra en períodos o etapas e imposibilitando su calificación bajo la figura de la desarticulación o la ruptura.

Garay (2001), en su tesis doctoral, se aproxima al concepto de subjetividad para cuestionar las miradas tradicionales tanto de la dicotomía sujeto-objeto como de la investigación en ciencias sociales. Toma como referencia las teorías socioconstruccionistas y la psicología social crítica, y a autores como Weber, Durkheim y Elías. En particular, frente a la obra de Foucault va a detenerse para examinarla como un método y enfatiza sus consecuencias éticas. Desde su perspectiva, Foucault exige pensar sobre la actualidad y el momento en el que los sujetos de una época están inscritos. Esta exigencia no consiste solamente en caracterizar lo que somos sino en seguir las trazas del presente para captar lo que es y cómo podría dejar de ser lo que es.

Esta misma línea de razonamiento fue seguida por Farina (2005) quien utiliza el concepto de formación del sujeto, a partir de la lectura de Foucault para hacer una aproximación a la pedagogía del arte y a la estética. Utiliza el término estética de la existencia, es decir, la relación entre estética de la formación del sujeto y la ética que la fundamenta para reflexionar sobre los modos de objetivación que producen subjetivaciones. El trabajo de Farina elabora una relación entre ética y estética, para poner en juego los modos de formación del sujeto, analizando las relaciones entre las formas del saber, las formas del poder y las formas del sujeto. Utiliza este desarrollo, junto con la lectura

de Delleuze y de Clark, para lograr una relación de la subjetividad con las experiencias estéticas y con las teorías sobre el cuerpo para proponer una pedagogía estética de la experiencia subjetiva.

A este respecto, cabe traer a colación el trabajo de Pastor (2009), quien propone que Foucault hace en su obra una genealogía del sujeto psicológico. Señala que en *Historia de la locura* Foucault estudia cómo se construye el sujeto psicológico a través de saberes sobre el hombre (psicología y psiquiatría), ejercicios de poder (institucional y normalizador) y tecnologías de subjetivación (examen, confesión y culpabilización moral). En *Las palabras y las cosas*, Foucault “demuele” el sujeto trascendental y transhistórico; tras la muerte de Dios, promulgada por Nietzsche, Foucault anuncia la muerte del hombre y del sujeto. (Pastor, 2009, p. 630). Ahora bien, decir que el sujeto ha muerto quiere decir que ha muerto como un a priori cuya conformación pueda sustraerse del entorno histórico; el sujeto no es una entidad constituida que pueda analizarse en el telescopio de la individualidad.

Pastor sigue mostrando cómo en la obra de Foucault hay una evolución conceptual del sujeto. En *Vigilar y castigar* Foucault renueva su interés por el sujeto, en tanto persona que se encuentra en estado de sujeción, y plantea una genealogía del individuo de la Modernidad, un producto del liberalismo económico: un sujeto que es individualizado y sometido, dócil y sumiso, inofensivo, rentable y productivo. Todo ello enmarcado en una sociedad capitalista que tenía gran necesidad de mano de obra. La voluntad de saber muestra la experiencia moderna de la sexualidad. Este tópico, la sexualidad, interesa a Foucault porque es una especie de cruce de caminos en el que confluyen sus tres grandes interrogantes: el saber, el poder y la subjetividad (Foucault, 2012).

Pastor muestra que en Foucault el giro confesional que llevó de las prácticas antiguas de sí, a las prácticas penitentes del pecador cristiano

permite interrogar directamente a la psicología y al psicoanálisis; se trata de una genealogía del psicoanálisis. Esta genealogía:

[...] surge de una reelaboración del discurso teológico-moral de la confesión y la guía espiritual, mostrando, como diría el propio autor, batas blancas sustituyendo a las sotanas negras. Y es que del confesionario al diván hay muchos siglos de distancia pero un corto trayecto, pues el psicoanálisis se desarrolla sobre viejas formas de saber-poder como la "indagación" de la verdad oculta a través de una detallada "verbalización" que el terapeuta "interpreta" en términos patológicos y no morales como el sacerdote. (Pastor 2009, p. 630)

Tanto la concepción que la psicología y el psicoanálisis tienen del individuo, como las técnicas que utilizan para su estudio y curación vienen a ser técnicas en las que la subjetividad moderna se construye, en las que la identidad de la Modernidad viene a configurarse. En la consulta terapéutica, el yo se confiesa, se vigila y se interpreta; saca a la luz sus secretos ocultos. Particularmente, un análisis de los discursos psicológicos y de sus prácticas arroja luz sobre la constitución moderna del sujeto.

A partir del segundo tomo de Historia de la sexualidad, Foucault elabora un análisis genealógico de los procesos de subjetivación, de las "tecnologías del yo" (según Pastor, (2009), formas de relacionarse con uno mismo), a través de las cuales se construye la subjetividad moderna. Hay un paso de los ejercicios de poder sobre los otros a ejercicios de poder sobre nosotros mismos, de dispositivos y estrategias generales de dominación, a micro-tecnologías de la subjetivación. Ese es el punto central de su interés filosófico.

En efecto, según el mismo Foucault señala, el cometido de los últimos 20 años de su trabajo es otro: "... mi objetivo ha sido elaborar una historia

de los diferentes modos por los cuales los seres humanos son constituidos en sujetos" (Foucault, 1983). De ese postulado puede concluirse que es posible elaborar una aproximación temporal a lo que he denominado en este texto proceso de subjetivación. De otro lado, ese proceso se da por medio de una constitución; el humano se constituye en sujeto; no nace sujeto.

Es lo que lleva a que Pastor y Ovejero (2006) propongan que Foucault es un Kant posmoderno, pues volvió histórico el "a priori de la experiencia posible". Su análisis es por el origen histórico de nuestras experiencias modernas, a partir de los ejes que ya se han mencionado: el saber, el poder y la subjetividad. Al igual que Simmel, Durkheim, Marx y Weber, relativiza la realidad humana al inscribirla en la historia. Su objetivo es la problematización del presente a partir del pasado en que se fundamenta, para pensar un futuro posible (Ibíd.).

Para Bevir (2004), siguiendo esta misma línea de argumentación, Foucault lanza una crítica a la concepción de sujeto, tal cual se entiende en la Modernidad. Tomando la obra de Foucault, resalta:

There is no sovereign, founding subject, a universal form of subject to be found everywhere": "the subject is constituted through practices of subjection, or, in a more autonomous way, through practices of liberation." A hostility to the subject runs throughout Foucault's oeuvre. Indeed, he himself said, "it is not power, but the subject, which is the general theme of my research"; and he described as his main aim the attempt "to create a history of the different modes by which, in our culture, human beings are made subjects," and so to efface the idea of the self-constituting subject.

Este autor coincide con Pastor al señalar que la obra de Foucault tiene tres momentos en su concepción del sujeto: en la obra temprana el sujeto aparece constituido por lenguajes sociales denominados epistemes; más tarde, sobre todo



en su obra *Vigilar y castigar*, Foucault propone que el sujeto es un producto de ciertos regímenes de saber-poder; finalmente, a partir de los 70, el sujeto aparecería en su obra como un efecto del poder. La investigación de Bevir va a centrarse en abordar el problema de la relación entre sujeto y sociedad, para, posteriormente, proponer la posibilidad de tomar la obra foucaultiana como base para una teoría ética crítica.

Walkerdine toma conceptos similares como herramienta para formular lo que ella denomina como psicología crítica. (Pulido-Martínez & Walkerdine 2007). Según lo señala, durante los años 70, un grupo de psicólogos comienza a proponer la necesidad de pensar la psicología a partir de los aportes de Althusser y de Foucault. Particularmente, a la psicología crítica le interesan los trabajos en los cuales la subjetividad y las ciencias sociales son pensadas a partir de ideas sobre cómo funcionan “lo social”, el gobierno, la gubernamentalidad (governance), la regulación de las ideas, entre otros temas que ubicaran el centro de la discusión en psicología en torno a la comprensión del cambio social y la transformación. Para Walkerdine, estos trabajos enfatizan lo semiótico y lo discursivo, y proponen un centro de interés alternativo para la psicología. Particularmente, utilizó para su propuesta los siguientes trabajos de Foucault: *Disciplina y castigo*, *Sobre Gubernamentalidad*, *Historia de la sexualidad*.

En una línea similar, Giraldo (2006, 2009, 2011) propone que no se deben inscribir los trabajos de Foucault sobre el decir veraz en una teoría del poder o del sujeto universal; se debe acudir, para entender su obra, a la inscripción de su producción en el contexto de la preocupación por el presente. Para él, Foucault procura mostrar la constitución histórica de diferentes formas de subjetividad en relación directa con los juegos de verdad.

Giraldo piensa que la noción de Parhesía y los aspectos de la relación consigo, así como de la

inquietud de sí están en vínculo directo con la resistencia al poder político. Para esa resistencia es necesario un diagnóstico del presente y de la gubernamentalidad, es decir, del “campo estratégico de relaciones de poder... como conjunto de relaciones reversibles. (Giraldo 2011 138). Esta perspectiva enfatiza que la obra de Foucault tiene una aspiración fundamental a la resistencia, al poder de resistir la organización y la disposición de saber y poder.

Según Díaz (2007), la idea foucaultiana de una historia de la verdad debe remontarse hasta Platón, pues en su obra se encuentran ciertos elementos decisivos para la comprensión de nuestra historia. En ella, ciertas relaciones entre poder, verdad y sujeto son determinantes para dar lugar al juego doble de objetivación y subjetivación –dominación y libertad–. En su trabajo, Díaz sostiene que la genealogía del sujeto moderno de verdad, que puede entenderse tanto en el sentido del sujeto de conocimiento a través de la *techné*, como en el de la subjetivación parcialmente autónoma de un sujeto ético de verdad, hace recurso de dos textos platónicos que Foucault leyó atentamente, ya en la década de los 80: *Alcibiades* y algunos pasajes del *Fedro* y del *Banquete*. Todos ellos trabajados por Foucault en torno al cuidado de sí. En el primer texto, Foucault muestra a Platón como fundador de la idea de sujeto de conocimiento; en los segundos, en Platón se reconoce el origen de un ethos crítico de la verdad.

Otra línea de trabajo en torno a la obra de Foucault y al sujeto es la que desarrolla Córdoba (2011). Su investigación relaciona dicha obra con la pedagogía. Su propuesta interroga la aparición de la escuela a partir de una lectura arqueológica y genealógica de su devenir. Luego de ese análisis, Córdoba interroga la actualidad de esta institución para establecer modos de comprensión que permitan desvelar los dispositivos de normalización imperantes en ella. Pero, además, va un poco más allá para interrogar los mecanismos de subjetivación que permiten que a su juicio la

escuela sea un lugar privilegiado para la creación de la subjetividad. El autor propone que la escuela es la tecnología del yo más lograda; en ella confluyen muchos mecanismos que imprimen en los estudiantes formas de vinculación y de confrontación de la realidad.

Subjetividad y Posmodernidad

Smeyers y Waghid (2010) proponen que la actualidad está determinada por una dificultad marcada por saber cuáles son los valores que se deben promover en educación e incluso en filosofía de la educación. La desaparición de los llamados “metarrelatos” hace muy difícil justificar una idea particular de buena vida que pueda ser compartida por todos, o por lo menos por un buen número de personas. El pluralismo radical de la sociedad contemporánea, los diferentes valores y puntos de vista crean grandes dificultades a la hora de transmitir valores a los niños, a través del acto pedagógico. Estos autores sostienen que la obra de Foucault aporta en gran medida a esta situación; su posición radical, de una u otra forma, evade indicar el modo en el que uno debería proceder.

El análisis del poder de Foucault se concentra en cómo funciona y cómo se produce el sujeto, concebido simultáneamente como instrumento y efecto. Resultado de unas particulares tecnologías del yo y discursos particulares, Foucault observó un cambio del poder de la soberanía al poder disciplinario, un modo de poder pastoral que se expresa a sí mismo a través de una manera particular en cuyo espacio y tiempo son controlados, y una específica forma de vasallaje que yace en su interior (Smeyers y Waghid 2010). El conocimiento del individuo autoriza la normalización de la gente. La interiorización de las normas que se inscriben a través de la vigilancia permanente posibilitó la construcción de una sociedad altamente punitiva, organizada públicamente por medio del entrenamiento del cuerpo, los exámenes y la vigilancia jerarquizada.

Según Ribeiro (2008), anteriormente citada, en “el mundo moderno” (p. 5) hay un desplazamiento de ese saber que podría denominarse cultural, por un saber de tipo técnico, objetivo y universal. A ese tipo de saber Ribeiro le llama Know-how. Ese desplazamiento desde el saber de la cultura hacia el de la ciencia universaliza a los seres humanos y genera la segregación que, según ella, tiene su expresión más desparpajada en el nazismo del siglo XX. Se configura una sociedad ordenada a través de unas reglas específicas que exigen adaptación; un orden global que disemina la información y precisa las mediadas económicas: el libre mercado, que prescribe los actos.

La tesis de Ribeiro, o más bien su interrogante, es si puede señalarse que esa situación deja a los seres humanos sin posibilidad de subjetivación; se despojan de su juicio, del diario experimentar de la vida, de su inscripción singular en el psiquismo. Es posible que la actualidad deje a los seres humanos sin lazo social, sin discursos y saberes subjetivantes, sin juicio, pues en la actualidad, señala, “solo se admiten seres normativizados sin dar cabida a un sujeto sostenido por un objeto de deseo no estandarizado” (p. 10).

Maciel-LimayDeSouza-Lima (2010) se contraponen a esta tesis. Realizaron una investigación en la que pretendieron identificar algunos componentes de lo que sería un sujeto posmoderno. Su intención era responder a la pregunta: ¿quién es este hombre posmoderno? Usaron varios marcos teóricos para encontrar los elementos constitutivos y consitutuyentes de “este nuevo sujeto”. Entre sus propuestas está que esta modalidad subjetiva está enmarcada en una noción no lineal de progreso; justamente la que aparece como resultado de la interacción social en la que se inserta. El sujeto posmoderno incorpora los valores que la sociedad reconoce y los actualiza en función de adecuar sus conductas al reconocimiento del otro. Para estos autores, el sujeto posmoderno surge en un contexto en que se hace hincapié en la autonomía discursiva y en el que se ve enmarcado en matrices culturales novedosas que están basadas en una



epistemología de la alteridad que promueve una “radicalización de la subjetividad”.

Frente a las implicaciones de la caída de los metarrelatos, Milchman y Rosenberg (2007) encuentran una respuesta por parte de Michel Foucault que discrepa con las anteriores. Toman como referencia una sentencia de Delleuze para proponer que en la perspectiva foucaultiana, hay una especie de anclamiento del hombre, en términos morales, a viejas creencias en las que de hecho ya nadie cree, y continuamos produciendonos a nosotros mismos como sujetos en la base de viejos modos que no corresponden con las cosas que nos preocupan. Para Foucault, igual que para Nietzsche, esto configura una crisis cultural, soportada en el modo en el que Occidente continúa entendiendo la naturaleza humana. Los esfuerzos de Foucault para proponer una ética de la autoconstrucción y para explorar las perspectivas para un arte de vivir son concebidos como intentos de responder a las amenazas que encuentra en el fascismo y el nihilismo. Su perspectiva ética es, en última instancia, un modo de hacer frente a lo que Nietzsche señaló como la muerte de Dios.

Para Estrada (2005, 2007), los tiempos que corren llevan al hombre en una dirección que en modo alguno podría suponerse como autorizadora de un sujeto con lugar para la subjetivación, como liberación. En el tiempo actual, propone, nos enfrentamos a un paradigma que ejecuta una modelación del alma de los individuos, de todas las posibilidades de lo que se puede pensar, sentir, crear y hacer. Tanto las características personales como las posibilidades cognitivas de los individuos insertados en este paradigma están orientadas hacia el convencimiento de la espontaneidad y el flujo constante de los objetos de consumo.

La consecuencia de estos planteamientos es la afirmación, con Foucault, de que existe una serie de dispositivos que deben funcionar en los procesos sociales en los que se expresa el paradigma hedonista individualista, dispositivos

que permiten asegurar cierto modo de dirección colectiva.

Las experiencias mediáticas, el mercado, la informática, las telecomunicaciones, la robótica, la ingeniería genética –con todas las posibilidades factuales que origina– propician sustanciales transformaciones en los estilos de vida y en los modos de actuar de la gente; significan con ello la intervención intencional sobre sujetos, sobre su espiritualidad en los órdenes del entendimiento, la sensibilidad, la imaginación y la voluntad, con el fin de engranarlos, a través del hedonismo y de la personalización hedonista, al mercado mundial por medio de una explotación económica (Estrada 2005, p. 59).

De otro lado, Jorquera (2007) hace una revisión de la subjetividad en la posmodernidad siguiendo un componente preciso: la identidad. A su juicio, mientras la mayoría de teorías a este respecto señalan que en la Posmodernidad hay una mayor autonomía individual en la construcción de la identidad asociada al declive de los valores de comunidad, es posible proponer que la modernización sea un proceso de psicologización progresiva de la subjetividad. Los conflictos que otrora el sujeto experimentaba en el campo de las relaciones son interiorizados al espacio subjetivo y generalmente se asocian con la identidad.

En efecto, Jorquera (2007), citando a Giddens (1995), señala que la incertidumbre es un dilema de obligatorio enfrentamiento para el yo posmoderno en la construcción de la identidad (fenómeno estudiado por otros autores bajo el nombre de fragmentación o saturación del yo). La diferencia es que en la época premoderna la autoridad era única y a ella podía atenerse el individuo con el fin de erradicar la angustia que genera la duda y adoptaba códigos conductuales normativamente determinados. En la Posmodernidad, o Modernidad tardía, como también la llama Jorquera, esa autoridad tradicional (representada, por ejemplo, en la religión, la comunidad local y el parentesco)

pierde legitimidad y abre el escenario para que la autoridad no se represente de manera única, sino múltiple. Esta situación deja al individuo con pocos recursos frente a la resolución de momentos dubitativos, pero le proporciona un margen mucho mayor de libertad y autonomía.

La consecuencia es que la brecha que se abre entre el yo y la comunidad, debido a dicha autonomía, es llenada por una experiencia de interioridad psicológica, un espacio donde el sujeto mantiene una relación reflexiva consigo mismo. Según Dubar (2002 citado por Jorquera 2007), esa situación, esa identidad reflexiva se asocian con la construcción de una identidad narrativa: una cultura psicológica que ofrece una serie de recursos de tipo lingüístico para decir la identidad personal. De esa forma, las formas identitarias narrativas están construidas justo sobre el escenario en donde el yo reflexiona sobre sí –identidad reflexiva– y sobre las modalidades de su inserción en la comunidad.

Foucault y las ciencias “psi”: el trastorno mental

Tomando como definición de la psicología una reflexión sobre el alma (Psyché), Lopera, Ramírez y Zuluaga (2007) muestran que desde la Antigüedad hay dos perspectivas frente al estudio del alma: una que propende por la construcción de un saber formalizado, una posición epistémica (científica); otra que pretende una “ascesis subjetiva” (p. 33), es decir, la transformación o purificación del sujeto, que está directamente relacionada con la areté, con la virtud, con el cuidado y el conocimiento de la propia alma. Sobre este último aspecto, estos investigadores suponen que no se puede articular un saber científico, pues, tal como lo habría indicado Sócrates, concierne a un tipo de saber práctico, solo formalizable en parte.

La etimología de la palabra psicoterapia permite avanzar un poco más en su propuesta. Las psicologías contemporáneas, al tiempo que proponen una forma de explicación para los trastornos de la mente, proponen modalidades de procedimiento para su curación. Es en esta óptica en la que la relación psicología-Michel Foucault puede hacerse más tangible.

Etimológicamente psicoterapia significa tratamiento del alma... Michel Foucault amplía esta definición al señalar que, en la antigüedad clásica, específicamente en algunos estoicos, la palabra griega *therapeuein*... significa dos cosas: 1) Acto médico con el propósito de sanar; 2) actividad del servidor que obedece órdenes y sirve a su amo; y 3) rendir culto. Ahora bien, la expresión *therapeuein heauton* es ampliamente por Foucault, y refiere al sí mismo.

Lo particularmente importante del resultado de esta investigación es que utiliza esta reflexión foucaultiana, que se encuentra principalmente en Hermenéutica del sujeto, para desarrollar una pregunta concerniente de modo directo al hacer psicológico con la enfermedad mental. Desde esta perspectiva, hay un grupo de psicoterapias que propone la psicología y que se pueden denominar ascéticas que son desarrolladas en torno a una experiencia de relación consigo mismo, con la búsqueda de la virtud, con el cuidado de sí, la vida espiritual y la transformación subjetiva.

En este sentido, podría afirmarse que hay una tradición psicológica, seguramente no la más popular, que explica el sufrimiento subjetivo y la enfermedad mental más como un problema concerniente a la vida subjetiva y la relación del sujeto consigo. Valga decir, la enfermedad mental entendida en un terreno ético, más que en una óptica científica en la cual el saber epistémicamente determinado como científico resuelva el problema.

Pero, para ser más específicos, en referencia específica al tópico del trastorno mental, puede



referenciarse el trabajo de Rojas, Gómez-Jarabo y Villaseñor (2004), quienes señalan que la enfermedad mental puede ser pensada como Ananké, esto es, como un carácter regularmente forzoso de comportamiento que es opuesto a la plasticidad y frescura de la salud mental. Para estos investigadores, la enfermedad mental se constituye como una estructuración rígida y altamente predecible del comportamiento que revela una pérdida de libertad y de complejidad; un retorno al nivel de funcionamiento mental arcaico, abandonado en el proceso filogenético.

Sin embargo, tal como ya se ha insistido, de lo que se trata en la definición de estos autores es de una valoración de la mente que está determinada por una perspectiva modernista: la plasticidad, la libertad, la diferencia entre lo arcaico y lo evolucionado. Foucault permite interrogar esa perspectiva. Se trata de que el concepto mismo de Enfermedad mental sea interrogado por la batería conceptual foucaultiana y, concretamente, de darle un lugar al sujeto en ese concepto mismo.

Ejemplo de esta aproximación es la realizada por Rejón, Martínez y Vírseda (2004), quienes trascienden en el análisis de la esquizofrenia a partir de las denominadas "experiencias subjetivas". Estos autores proponen revisar síndromes como despersonalización-desrealización, automatismo mental, trastornos del yo y autismos con base en el paradigma de la subjetividad, entendida como autoconciencia. Para ellos, es posible hacer una lectura de la patología mental con base en una propuesta de producción de inteligibilidad, es decir, con base en la promoción de autoconciencia en el enfermo. Estos autores muestran que es posible apelar a una suerte de llamada ética, incluso en trastornos tan graves como la esquizofrenia. Lo que el trabajo de estos autores autoriza es justamente una propuesta terapéutica para un trastorno mental específico, de hecho, uno de los más graves, con base en la restitución de la conciencia de sí del enfermo. Es decir, una curación cuyo fundamento es la apropiación que el enfermo pueda hacer de

su propia condición. Esto supone una perspectiva, a todas luces, relacionada con el desarrollo que la obra de Foucault hace del concepto de sujeto, tanto es su perspectiva arqueológica y genealógica, como en la perspectiva ética de sus últimas obras. La propuesta es, por tanto, que es posible llegar a una intelección de la condición de enfermo mental a partir de una pregunta centrada en las tensiones propias de su constitución como sujeto.

Foucault riñó con la psicología como una tecnología del yo, pero podría haber dejado el camino para una psicología ético-estética. El trabajo de Montiel (2010), en efecto, muestra que esta perspectiva psicológica es consistente. Lo que señala es que la psicología y la psiquiatría, cuyos orígenes parecieran a primera vista tan emparentados, vienen de tradiciones diferentes. A sus ojos, la misma historia de la psicología no da razón para entender que sea de otro modo; una psicología no académica tendría una génesis de otro talante: la filosofía moral, la elaboración de la filosofía idealista, de los artistas como Schiller y Goethe, de los románticos; un despliegue de una estimación de la subjetividad que, sin embargo, resulta ampliamente fecundo para la medicina misma.

Foucault, sobre todo al comienzo de su obra, estuvo en relación directa con la psicología y, en general, con las ciencias "psi". Ambrosio (2010) examinó la relación de Foucault con el psicoanálisis freudiano para mostrar su complejidad y tensión. A su juicio, esta relación es cambiante por dos razones principales: la propia psicopatología de Foucault y la ineludible contradicción en el corazón mismo del psicoanálisis. Ambrosio examina la historia del interés personal de Foucault en esta disciplina, así como en la psiquiatría, y muestra cómo se van generando cambios en su pensamiento. La crítica que Foucault hace del psicoanálisis, a saber, que olvida considerarse a sí mismo como inserto en la historia y jugando un papel en los regímenes de saber-poder, puede, según el investigador, extenderse a todo el pensamiento occidental.

Finalmente, Foucault demuestra a ambos la posibilidad de rechazar tanto la voluntad de saber como la identidad estable.

En el terreno específico de la psicopatología, Roberts (2005) señala que el concepto de poder se ha constituido en un referente fundamental para la psiquiatría, la salud mental y la enfermería en general. Realiza una investigación en la que señala que la obra de Foucault es de obligatoria referencia para contribuir a la discusión sobre la naturaleza, la existencia y el ejercicio del poder en las teorías y prácticas en torno a la salud mental. Roberts enfatizó que debe tenerse en cuenta el modo en el que el poder es un tópico central para la comprensión de cómo los seres humanos se constituyen en sujetos y, por tanto, en cómo las “entidades psiquiátricas” son producidas. Su trabajo propone que la obra de Foucault puede constituir una crítica significativa y una reconceptualización de los fundamentos teóricos y diagnósticos asociados de las prácticas terapéuticas en psiquiatría y en la enfermería de la salud mental.

Dentro de la misma línea argumental, Rivero (2005) realizó una investigación en la cual, a partir de una inquietud clínica –es decir, de una serie de cuestionamientos generados a causa de su práctica con personas con patologías mentales– logra una postura crítica con base en el trabajo de Michel Foucault. En ella, empieza por indicar el modo que los saberes “psi” se han posicionado en un campo epistemológico que se supone dentro del marco científico y, por ello, como un saber cierto. Ello soporta que sus prácticas ostenten un nivel amplio de generalización que ella denomina “universal” (p. xvi) y que sus profesionales sean tenidos por expertos.

Su inquietud logra articular los espacios de producción de saber sobre la subjetividad con las formas de gobierno de esa subjetividad. Es decir, interroga directamente la psicología, una disciplina dentro del campo científico que evidentemente

produce cierto saber en torno al sujeto y al mismo tiempo genera una serie de propuestas que apuntan a cierta modalidad práctica que opera sobre él.

Su desarrollo conceptual muestra que la noción de gobierno tiene una importancia marcada para establecer tal relación, pues autoriza que aspectos como las racionalidades políticas y producciones de saber se conecten con tecnologías de gobiernos y producción de subjetividades. Con esa base, las discusiones en torno a las polaridades “saber-poder, ciencia-gobierno-sociedad, racionalidades y técnicas de gobierno” (ibíd. 408) se tornan fundamentales para la valoración disciplinar y epistemológica de la psicología. Este desarrollo no solo implica una crítica profunda a las epistemologías dentro de las cuales la psicología se circunscribe, sino que, además, cuestiona la consistencia misma de los objetos de las ciencias.

Las observaciones de Rivero coinciden con las que hicieron Stevenson y Cutcliffe (2006). A través de la aplicación de los conceptos foucaultianos de arqueología, genealogía, discurso y saber, exploraron las prácticas de observación especial en pacientes con patologías mentales que estaban en riesgo o representaban un riesgo para los otros. Desde su perspectiva, pese a que este tipo de prácticas han sido permanentemente cuestionadas, no han cambiado en absoluto, y se siguen percibiendo por los profesionales de la salud mental como necesarias y justificadas. Estos investigadores proponen que la observación puede ser entendida como una terapia moral en la que la persona con una patología mental es sustraída de la responsabilidad de sí misma a través de un proceso disciplinario. De hecho, encuentran que la observación está implicada en un proceso de poder productivo y que está íntimamente relacionada con la resistencia.

Estas prácticas en el terreno de la medicina y la psiquiatría apuntan en la dirección de una concepción particular de paciente y de



enfermedad. Tierney (2004) utiliza el concepto de gubernamentalidad para examinar los esfuerzos de los humanistas médicos para reformar el caso médico. Argumentó que esas reformas contribuyen a fortalecer las dimensiones individualizantes del poder médico a través del desarrollo de unas técnicas de poder pastoral que la medicina ha tomado de la autoridad religiosa. Al mismo tiempo, encuentra una dimensión jurídica en el mismo terreno: el tratamiento del paciente como un sospechoso cuya falta es corroborada por su cuerpo. La combinación de estos dominios del poder, el pastoral y el jurídico, en el tratamiento de los casos contribuye al poder normalizador de la medicina moderna. Para el investigador, los humanistas médicos deben estar advertidos de su propia contribución a esta forma de poder.

● Referencias

- Ambrosio, J. (2010). A Fearsome Trap: The will to know, the obligation to confess, and the Freudian subject of desire. *Educational Philosophy and Theory*, 728-741.
- Arango, I. (2002). El enigma del espíritu moderno. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Barlow, D., & Durand, M. (2001). *Psicología anormal. Un enfoque integral*. México: Thomson .
- Beriain, J. (2003). Modernidad y sistemas de creencias. En G. e. Vattimo, *En torno a la posmodernidad* (págs. 231-137). Barcelona: Anthropos.
- Bevir, M. (2004). Foucault and Critique: Deploying agency against autonomy. *Salusvita*, 43-65.
- Castro, R. (2004). *Ética para un rostro de arena*. Tesis para optar al título de Doctor. Recuperada de: <http://www.ucm.es/BUCM/tesis/fsl/ucm-t28231.pdf>. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Córdoba, F. (2011). LA ESCUELA COMO TECNOLOGÍA DEL YO. Recuperado de: <http://www.ride.org.mx/docs/publicaciones/06/06-032011.pdf> . Santa María: Departamento de Pedagogía Sistemática y Social de la Facultad de Ciencias de la Educación.
- Delleuze, G. (12 de Marzo de 2013). Posdata sobre las sociedades de control. Obtenido de UBA Sociales: http://www.catedras.fsoc.uba.ar/forte/articulos/postdata_deleuze.pdf
- Descartes, R. (1977). *Meditaciones Metafísicas*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Díaz, M. (2007). Foucault, Platón y la historia de la verdad. *LOGOS. Anales del Seminario de Metafísica*, 185-213.
- Estrada, E. (2005). Racionalidad contemporánea y procesos de subjetivación. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- Estrada, E. (2007). Michel Foucault: la ontología histórica de nosotros mismos en los tiempos de la producción. *Escritos*, 46-66.
- Farina, c. (2005). *Arte, cuerpo y subjetividad, Estética de la formación y pedagogía de las afecciones*. Tesis para optar para el título de Doctora. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- Foucault, M. (2012 / 1984). *Historia de la sexualidad. El uso de los placeres*. Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, M. (26 de enero de 2013). El seminario. Obtenido de [elseminario.com](http://www.elseminario.com): http://www.elseminario.com.ar/biblioteca/foucault_psicologia_1850_1950.htm
- Freundlieb, D. (2000). Why subjectivity matters: critical theory and the Philosophy of the subject. *critical horizons*, 229-245.

- Garay, A. (2001). Poder y Subjetividad. Un discurso vivo. Tesis doctoral, departamento de Psicología de la salud i Psicología Social, Universitat de Barcelona. Recuperado de: <http://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/5417/aigu1de2.pdf;jseid=8FD1478C0173337B21C62917F>
- Giraldo, R. (2006). Poder y resistencia en Michel Foucault. *Tabula rasa*, 103-122.
- Giraldo, R. (2009). La ética en Michel Foucault o de la posibilidad de una resistencia. *Tabula Rasa*, 225-241.
- Giraldo, R. (2011). Modernidad y parrhesía. Michel Foucault y la cuestión de . *Estudios Filosóficos*, 137-147.
- Harvey, D. (2012). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Jorquera, V. (2007). Psicologización, poder constituyente y autonomía: repensando la construcción de la subjetividad en la postmodernidad. *Althea digital*, 38-61.
- Leal, A. (2011). ¿Con cuántos dispositivos se produce una subjetividad? *Athenea Digital*, 195-201.
- León, A. (2010). Modernidad, ciudad y sujeto. Aproximaciones a partir del mito del padre primordial. *Atenea (Concepción)*, 127-146.
- Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (1994). *El crepúsculo del deber*. Barcelona: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2011). *La felicidad paradójica*. Barcelona: Anagrama.
- Lopera, J., Ramírez, C., Zuluaga, M., Ramírez, V., Henao, C., Carmona, D., . . . Carmona, J. (2007). *Relaciones Psicología - Psicoanálisis: un estado del arte*. Medellín: Universidad de Antioquia - Centro de Investigaciones Sociales y Humanas.
- Lyotard, J.-F. (1987). *La Postmodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Lyotard, J.-F. (1998). *Lo inhumano*. Buenos Aires: Manantial.
- Maciel-Lima, S., & De Souza-Lima, J. (2010). O sujeto pós-moderno no debate cultural contemporâneo. *Polis*, 199-217.
- Milchman, A., & Rosenberg, A. (2007). The aesthetic and ascetic dimensions of an ethics of self-fashioning: Nietzsche and Foucault. *Parrhesia*, 44-65.
- Montiel, L. (2010). El nacimiento de la Psicología en el espíritu la literatura. Los orígenes literarios de la Psiquiatría alemana decimonónica. *Frenia*, 75-94.
- Morey, M. (2010). La cuestión del método. En M. Foucault, *Tecnologías del yo* (págs. 9-44). Madrid: Paidós.
- Nomez, N. (1997). La poesía chilena del novecientos y el sujeto moderno. *Literatura y lingüística*, s.d.
- Pastor, J. (2009). Relevancia de Foucault para la Psicología. *Psicohema*, 628-632.
- Pastor, J., & Ovejero, A. (2006). Michel Foucault, un ejemplo de pensamiento postmoderno. *A parte Rei*, 1-8.
- Rejón, C., Martínez, C., & Vírveda, A. (2004). Esquizofrenia y subjetividad. *Actas españolas de psiquiatría*, 249-258.
- Retamal, C. (2008). Consideraciones sobre poder y dominación en la formación de la subjetividad moderna. *Universum (Talca)*, 166-183.



- Ribeiro, R. (2008). Efectos del conocimiento know-how en la subjetivación contemporánea. *Psicoperspectivas*, 4-11.
- Rivero, I. (2005). Ciencias "Psi", subjetividad y gobierno de sí. Una aproximación genealógica a la producción de subjetividades "psi" en la modernidad. Recuperado el 13 de mayo de 2012, de Tesis doctoral dirigida por el doctor Joan Pujol I Tarrés. Facultat de Psicologia, Universitat de Barcelona: <http://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/5445/irg1de1.pdf;jsessionid=EA53B1780EF3B6B12784551473145673.tdx2?sequence=1>
- Roberts, M. (2005). The production of the psychiatric subject: power, knowledge and Michel Foucault. *Nursing Philosophy*, 33-42.
- Rojas, C., Gómez-Jarabo, G., & Villaseñor, J. (2004). La enfermedad mental como Ananké. *Investigación en salud*, 159-164.
- Sanín, A. (1977). Salud y enfermedad mental. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 337-339.
- Smeyer, P., & Waghid, Y. (2010). Cosmopolitanism in relation to the self and the other: from Michel Foucault to Stanley Cavell S W. . *Psychology and behavioral sciences collection*, 449-467.
- Stevenson, C., & Cutcliffe, J. (2006). Problematizing special observation in psychiatry: Foucault, archaeology, genealogy, discourse and power/knowledge. *Journal of Psychiatric and Mental Health Nursing*, 713-721.
- Tierney, T. (2004). Foucault on the Case: The Pastoral and Juridical Foundation of Medical Power. *Journal of Medical Humanities*, 271-290.
- Trull, T., & Phares, J. (2003). *Psicología clínica*. México: Thomson.
- Vattimo, G. (1987). *El fin de la modernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Vattimo, G. (2003). Posmodernidad: ¿Una sociedad transparente? En G. y Vattimo, *En torno a la posmodernidad* (págs. 9-19). Barcelona: Anthropos.
- Walkerdine, V. (2007). *Psicología, el mundo del trabajo y la subjetividad: Valerie Walkerdine en conversación con Hernán c. Pulido-Martínez*. *Universitas Psychologica*, 185-194.